

La legitimidad de un escritor es la de sus obras

Crítica literaria I, 1936-1947
Crítica literaria II, 1948-1956
Crítica literaria III, 1957-1967

HERNANDO TÉLLEZ

CARLOS RINCÓN (edición)

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, vol. I, 2016, 468 pp.; vol. II, 2017, 512 pp.; vol. III, 2017, 576 pp.

EL INSTITUTO Caro y Cuervo publicó en 2016 y 2017 la obra crítica completa del escritor y crítico literario colombiano Hernando Téllez (en tres volúmenes), edición a cargo del estudioso Carlos Rincón, en la prestigiosa colección Páramo de su sello editorial.

En el año 2016, al cumplirse cincuenta años de la muerte del Hernando Téllez (1908-1966), tuvo lugar en el Instituto Caro y Cuervo una gran conferencia de Carlos Rincón en la que se anunciaba la publicación de la obra crítica de Téllez, de la cual nos ocuparemos. Pocas veces se puede apreciar que un esfuerzo monumental como este llegue a buen puerto entre nosotros. La labor encomiable de la directora del Instituto Caro y Cuervo desde hace cuatro años, la profesora Carmen Millán, y el talento y dedicación del profesor Rincón lo han hecho posible. Para quienes hemos leído una y otra vez a Téllez al surcar nuestro camino académico, para quienes hemos escrito sobre su obra (en mi caso, escribí su perfil para la colección Pensamiento Colombiano del Siglo XX, de la Universidad Javeriana, en 2009), y en fin, para todo aquel que desee acercarse a las “tradiciones de la ruptura” en la literatura colombiana, como lo afirmara Pablo Montoya, estos tres volúmenes serán obra de consulta permanente. Se unirán a los estudios igualmente esenciales de Rafael Gutiérrez Girardot, David Jiménez y Carlos Pacheco.

Hasta ahora —a pesar de numerosos esfuerzos de diversas entidades, como la Biblioteca Nacional, la Universidad Nacional, la Universidad de Antioquia o la Universidad de los Andes—, no había sido posible leer el conjunto completo de textos críticos

del gran maestro y renovador de la crítica literaria en Colombia. El arduo trabajo de Rincón incluye numerosos rescates, hallazgos y no pocas polémicas de Téllez en todo tipo de publicaciones periódicas, en revistas, diarios y magazines de la época. Una de las conclusiones notables de Rincón se sustenta en demostrar cómo Téllez fue mucho más allá del periodismo político o informativo, característica habitual de los debates literarios en Colombia, aun hoy, donde pululan espacios más o menos cerrados de amigos y archienemigos, con escasas aunque notables excepciones. Como lo define Rincón respecto a la poesía, aunque se aplica a toda su literatura:

Téllez deseaba propiciar o dar lugar a un debate clasificador, no solo acerca de formas de versificación, recursos estructurantes, redes de sentido, procesos metaforizadores de recurrencias de significaciones figurativas, temáticas, de sonidos y mitos, sino también de modelos y tradiciones. (vol. I, p. 25)

La historia de Téllez es la de un consumado lector de Proust y de poesía que construye su visión del mundo desde Baudelaire y Rimbaud y se forma como intelectual en las mejores horas de la República Liberal (este es el material del primer volumen). Fue también un notable cuentista y pudo haber sido un gran fabulador moderno a la manera de Italo Calvino, si el periodismo y ocasionalmente la política (los años de la Violencia) no lo hubieran alejado de aquel camino que vislumbró en una tarde de invierno en los jardines de Luxemburgo en París, en 1938, en los albores de la guerra. Uno de sus notables legados está labrado, a la manera de Borges, con los cristales de la ardua y lenta lectura de cada libro que pasó por sus manos. Con Téllez se aprende a leer y se puede aprender a escribir, subrayando, deteniéndose en sus preguntas, en su forma de resaltar lo novedoso (o no) de un artículo, de un poema o de una novela (material del segundo y el tercer volumen).

Téllez fue el más criollo de los cuentistas franceses, el más francés de los críticos colombianos, el más garciamarquiano y borgiano, *avant l'heure*. Encarna la figura del gran

crítico que controvierde con autores y lectores, defendiendo el magisterio tan solitario del intercambio de ideas, libre de compromisos o comodidades. Caminando por las estrechas callejuelas con jardines de jazmín del Bosque Izquierdo en Bogotá, a veces puede uno cruzarse con su fantasma: era su barrio, allí sigue su biblioteca, conservada por sus hijos. Al pensar en su figura, evocamos a otros grandes críticos americanos como el mexicano Alfonso Reyes, de quien Téllez hiciera esta singular semblanza que, en el fondo, pareciera ser más un autorretrato (más o menos ajeno):

Rollizo, de pequeña estatura, jovial, apacible, respirando salud intelectual y moral, bienestar de la inteligencia, equilibrio del temperamento, largueza de la mano y del corazón (...). No se crea por ello, sin embargo, que Reyes toma una postura de beata conformidad ante los hechos del mundo y de la razón. (vol. III, p. 319)

Reyes y Téllez, joviales y de inmensa estatura intelectual.

Téllez nos enseña que la labor de un crítico no consiste en alabar a unos y defenestrar a otros, sino en sugerir unas coordenadas posibles de un diálogo de ideas en tensión que no se zanjarán con un titular apresurado. Sin duda le entristecería un poco constatar que cincuenta años después se siguen cazando peleas de gazapos entre autores, y le desagradaría ver cómo las redes sociales tergiversan o agrandan los egos de los pseudoautores de temporada, más interesados en inventar polémicas superficiales que en leer con profundidad obras meritorias. Estas palabras escritas en 1960 tienen una inevitable actualidad:

La falsa literatura ofrece al lector desprevenido la sorpresa insidiosa de su aparente originalidad (...) por un Neruda universal —parte de cuya obra es corruptible— existen cientos de poetas a quienes el prestigio local eleva a categorías celestiales. Otro tanto acontece con la novela, el teatro y el ensayo (...) la falsa literatura, a pesar de su auge momentáneo, de su difusión y de su consumo, data vertiginosamente como los bailes. Pero el falso literato, lo mismo que el bailarín

RESEÑAS		CRÍTICA E INTERPRETACIÓN
<p>envejecido, no repara en ese proceso de anquilosamiento y continúa dando pasos en falso. (Vol. III, p. 127)</p> <p>En este sentido, vale la pena resaltar un espacio tan importante como el <i>Boletín Cultural y Bibliográfico</i> del Banco de la República, ya que es una de las pocas tribunas auténticas para el debate intelectual contemporáneo.</p> <p>Debe decirse con toda sinceridad que la lectura de Téllez, de artículos incluso en apariencia coyunturales, es una lección de estilo y agudeza para plantear preguntas sobre qué leemos y cómo leemos. De allí su interés por la suerte de las letras nacionales y su preocupación por la edición, las publicaciones periódicas, la traducción, los límites y fronteras de los géneros literarios, los premios y fallos literarios, la recuperación de voces del pasado como Luis Tejada y Tomás Rueda Vargas, y la emergencia de voces diversas en los años cincuenta y sesenta como Héctor Rojas Herazo y Elisa Mújica. Sus apreciaciones críticas les planteaban dilemas a los autores y a los lectores, como en este comentario sobre <i>Respirando el verano</i> de Rojas Herazo, en 1963:</p> <p>¿Qué hacemos con Rojas Herazo? ¿Habría fracasado en su novela? La respuesta es dubitativa: ni fracaso completo ni acierto completo. Lo mejor de su libro pertenece a la zona del poeta: el ímpetu lírico o, como diría él mismo, la respiración poética sobre la prosa barroca... La tentación de la novela ha sembrado de pequeñas y grandes catástrofes muy ilustres biografías y bibliografías desde hace ciento cincuenta años por lo menos. Rojas Herazo me parece un magnífico poeta, un pintor mucho menos importante que el poeta y un novelista de vocación discutible... La poesía es, acaso, la forma del arte que lo colma y lo manifiesta con plenitud. En su pintura, y ahora en su novela, queda todavía un saldo insatisfactorio, un déficit de gran talento. (vol. III, p. 170)</p> <p>A pesar de la influencia de la agenda borgiana (por la reticencia respecto al pasaje a la novela por parte de algunos autores), nos quedamos con la delicadeza del crítico y su respeto por</p>	<p>los autores, en especial por quienes están trazando apenas su camino. En su obra crítica queda claro que fue un inveterado polemista, pero con un halo humanista vertido sobre la posibilidad del hombre de transformarse, en el caso de los artistas, de inventar otro estilo, de experimentar otras formas. Por ello le entrega Téllez al aún joven Rojas Herazo un cheque de confianza limitada pero sincera.</p> <p>Al leer el conjunto de la obra crítica de Téllez, se establece el magisterio de la fundación de la crítica literaria moderna en Colombia y se sientan las bases de la recepción crítica de nuestras letras. Si con García Márquez la literatura colombiana se insertó en la modernidad de la República Universal de las Letras, podríamos decir que con Téllez se vivió lo propio en el campo de la crítica literaria y cultural. Como lo hará con Gabo, también supo intuir la renovación poética de Jorge Gaitán Durán (a raíz de la publicación de <i>Presencia del hombre</i>, por Ediciones Espiral de don Clemente Airó en 1947) y el pasaje a otros tonos en la poesía colombiana:</p> <p>Este libro de Jorge Gaitán Durán es la primera emancipación del inmediato pasado lírico que pesa opresivamente sobre la poesía a la cual me he estado refiriendo. Una primera emancipación, adelantada con gentil desembarazo y en donde, es cierto, quedan algunas leves huellas de la antigua herencia. (vol. II, p. 145)</p> <p>No es gratuito que Téllez haya sido el primer “gabólogo” —lleno de admiración y crítica hacia el joven escritor—, y a la vez el gran puente hacia Borges. Como lo menciona Rincón, era tan estrecha y de tal calado la relación entre Gabo y el crítico que ...hacia mediados de 1966, Téllez recibió por correo de México un tiposcrito que le hizo llegar García Márquez (...) solamente Carlos Fuentes y Téllez recibieron de García Márquez copias de los primeros tres capítulos de <i>Cien años de soledad</i>. Nadie más. Entre la versión del primer capítulo de la novela, difundida en una publicación por separado, como parte de una novela inédita, el 1º de mayo de 1966, y la versión definitiva que apareció en</p>	<p>la edición de la Editorial Sudamericana, en junio de 1967, hay cerca de un centenar de modificaciones. (vol. III, p. 543)</p> <p>A este magnífico trabajo se sumará próximamente la publicación de un libro colectivo sobre Téllez y la literatura francesa, producto de un coloquio organizado por la Universidad Nacional en el Año Colombia-Francia 2016, y editado por la misma universidad.</p> <p style="text-align: right;">Alberto Bejarano</p>